Y después de esto, seguía diciendo Romualdo, con todas mis alas, con todas mis nadaderas, con toda mi ligereza de gamo, con toda mi agilidad de tigre, con toda mi fuerza de león ó de elefante, mi libertad no sería mayor que la de los demás hombres, porque todos volaríamos, nadaríamos, correríamos, asaltaríamos y resistiríamos del mismo modo, sin haber conseguido otra cosa que hacer en el aire v en el centro de las aguas lo que hacemos sobre el haz de la tierra. Nos perseguiríamos volando y nadando como nos perseguimos sin volar v sin nadar, v nuestra pobre libertad andaría siempre de mala data, porque esta reina del mundo no puede reinar, sino como reinan los que reinan, es decir, unos sobre otros. El más libre debe hacer su mayor libertad de la menor que deja al menos libre: y por eso vemos que los más amigos de la libertad dejan sin libertad alguna á los que se contentan con tener un poco de ella. Esto es lo que han hecho en todo tiempo los egipcios, los hebreos, los medos, los asirios, los caldeos, los macedonios, los persas, los griegos, los romanos, los franceses, los ingleses, los norte-americanos, y todos los hijos de Adán, y esto me parece que seguiremos haciendo hasta la consumación de los siglos, porque es la cosa más natural que hay en la tierra.

EL MISMO. - Novela de costumbres.

EL PORVENIR DE LA DEMOCRACIA.

EMPERO la justicia de la Providencia nos ha deparado un punto de consuelo en el fondo de ese cuadro sangriento de iniquidades. Al lado de los triunfos de la Santa Alianza hallamos los triunfos de la independencia de los pueblos que, lejos de aquel ominoso poder, pudieron trocar su saco de esclavos por la túnica del hombre libre. Las libertades de Nápoles, del Piamonte, de España y de Portugal caían

cuando se alzaban independientes las provincias del Plata, el Paraguay, Chile, Nueva Granada, Venezuela, el Perú, Guatemala, Méjico, el Brasil y la antigua Grecia, El Nuevo Mundo entra en la vida para principiar, casi á un mismo tiempo que la Europa, sus ensavos en el sistema representativo. El Nuevo Mundo será más feliz en su marcha; aunque halla su senda obscurecida por las mismas nieblas con que el fanatismo y las preocupaciones ofuscan en Europa el espíritu de la verdad : él marchará. Es más joven, y por consiguiente más atrevido: sus primeros pasos serán vacilantes, inciertos, pero no serán trabados por el poder que en Europa se obstina en atajar la marcha de los pueblos hacia la democracia. Los ensavos de la América serán por lo tanto menos dolorosos, pero más fecundos v provechosos al porvenir de la humanidad que los de Europa : aquélla va de frente á la democracia, ésta sigue su camino serpenteando por mil obstáculos; aquélla no se desdeñará de imitar, de aprender, de suplir á su inexperiencia; ésta, orgullosa en su vejez y su ciencia, procurará inventar, y despreciará la experiencia que recoja la América, sin considerar que aquí se preparan las lecciones que le han de salvar en el porvenir.

¡ La democracia hallará en el siglo xix un teatro más ancho sobre las regiones vírgenes de la América, que en las empolvadas capitales del Viejo Mundo!

T. N. LASTARRIA (Chile), Historia del medio siglo.

EL PRINCIPIO UTILITARISTA.

En una noche borrascosa yo estoy á lo orilla del mar; juguete de las olas embravecidas, ¡un hombre se está ahogando! Yo sé nadar...; Epicuro!; Bentham!; Helvecio! ¡venid acá, venid á aconsejarme! ¿Qué debo hacer? ¿ será virtuoso, generoso, loable que yo me arroje al mar, que yo

me exponga al peligro para salvar á un semejante mío? No sé, me dice friamente Bentham : como la moralidad de tu acción estará en el resultado, hasta que ese resultado aparezca, vo nada te puedo decir. Puedes salvar á ese náufrago, puedes también ahogarte con él: en el primer caso habrás ejecutado una acción heroica; en el segundo serás un malvado: los resultados en moral lo hacen todo. Es buena, virtuosa, santa la acción de que resulta más bien que mal; es mala, criminal, injusta, aquella de que resulta más mal que bien. Si pues, te arroias, y te ahogas, también tú mismo serás un malvado; en lugar de una persona sola, has hecho que se ahoguen dos; y en vano tus hijos, para justificarte, apelarán á tus intenciones....; Qué son tus intenciones si el resultado te condena? ; Maldita sea, pues, vuestra doctrina, vuestra decantada regla, que sólo viene á mi ayuda cuando vo no la necesito, y que me abandona y me deja solo y á obscuras en el momento en que la llamo. No, me replica Bentham, calcula las probabilidades.; Pero qué cálculo y qué probabilidades hay en esto? Yo sólo sé que soy un gran nadador; pero el mar está furioso....; Cómo calcular si mis fuerzas triunfarán ó no del ímpetu de la tempestad? Para calcularlo, para saberlo, es necesario hacer el ensayo, y cabalmente ese ensavo es el que puede costarme la vida...

Entretanto, la tormenta arrecia... el náufrago exhala un horrible grito; va á perecer.... Oigo en el fondo de mi alma una voz que me dice: Ama á tu semejante como á ti mismo; sacrificate para salvarlo. Es el Decálogo que me hace olvidar á Epicuro: es la conciencia que me hace olvidar el cálculo. Me he echado al mar.

Cojo al desdichado por los cabellos, y lucho algún tiempo con la furia de las olas.... Pero mis fuerzas se debilitan: creo que voy á perecer yo también, y sin embargo, mi generosidad puede aún más que mi peligro.... Hago esfuerzos extraordinarios; me acerco á la playa; llego....; estamos salvos! ¡Oh inefable alegría! ¡Oh indecible gozo! — Sí, dice Bentham, viéndonos salir, la acción ha sido hermosa; el

resultado ha sido bueno. Frío probabilista; ¿ si el éxito hubiese sido desgraciado? ¡ La acción habría sido un crimen!

Mas he aquí que ese hombre que he sacado, tarda en moverse. Lo exponemos al aire, le aplicamos reactivos, tratamos de que vomite el agua... Todo es en vano...; Cielos! ¿ qué hacer? Pasan las horas; el hombre no da signo alguno de vida.; Oh! es demasiado cierto, ¡ nó vive! La agitación, el dolor, el frío de la noche y del agua me postran á mí mismo en el lecho: decláraseme una fiebre aguda, deliro; los médicos me desahucian; la muerte se acerca.; Principio de utilidad, ven á darme fuerzas y consuelos! Oh, me dice un utilitarista, si no te hubieras arrojado en aquella noche, hoy estuvieras sano y contento; aquel hombre habría siempre perecido. Tu acción no ha servido de cosa alguna; sólo has salvado un cadáver, y tú mismo vas á perecer en breve.... Has hecho más mal que bien, los resultados hablan, has sido un monstruo.

José E. CARO (N. Granada).

DEDICATORIA À LA PATRIA.

Había de llegar por fin el día en que no fuese un crimen el sentimiento tierno y sublime del amor á la patria. Bajo el antiguo régimen el pensamiento era un esclavo y el alma misma del ciudadano no le pertenecía. El teatro está mudado: somos ya libres. La patria reclama sus derechos sobre unos seres que les dió el destino. Que el guerrero la haga pues, prosperar á la sombra de sus laureles; el magistrado salga de garante por la inviolabilidad de sus leyes; el ministro de la religión abra los cimientos de una moral pura, y vele al pie de sus altares: un pueblo inmenso corra en auxilio de sus necesidades; en fin el hombre de letras propague las luces de la verdad y tenga valor para decírsela á los que confía su gobierno. — ¡ Felices aquellos que pagan á

la patria la sagrada deuda que contrajeron desde la cuna! — Por lo que á mí toca, yo le dedico el fruto insípido de este ensayo histórico. Cuando menos tiene la ventaja de llamar á juicio á sus verdugos y poner á los pueblos en estado de pronunciar con imparcialidad. ¡Oh patria amada! ¡escucha los acentos de una voz que no te es desconocida, y acepta con agrado los últimos esfuerzos de una vida que se escapa!!!

D. G. Fuves. (Buenos Aires).

Ens. de la hist. civ. del Parag., B. Aires y Tucumán.

SUCESO TRÁGICO DE LUCÍA MIRANDA.

Habia entre los españoles una dama llamada Lucía Miranda, mujer del valeroso Sebastián Hurtado, y ésta era la que á los principios con su agasajo, inocentemente abría en el bárbaro una herida que jamás había de curar. No fueron después tan secretas las inquietudes del cacique que no las advirtiese la Miranda. Con suma discreción procuraba ocultarse de sus codiciosas miradas y esconder unos ojos cuvas chispas habían producido tanto incendio. Aunque en el fervor de su pasión daba Mangora á sus deseos cierta posibilidad que no tenían, no dejaba de advertir que no valdrían remedios ordinarios á un mal casi desesperado. Entre aquel torbellino de deseos, llamó á consejo á su hermano Siripo, no con la indiferencia del que duda, sino con el empeño del que busca un compañero de su delito. Después de una porfiada disputa en que Siripo manifestó el despejo de su razón, por último, á fin de huir la nota de cobarde, la pérdida de los españoles, menos de Lucía, quedó entre ambos decretada. La fuerza abierta era inútil contra una sangre tan fecunda de héroes. Una traición era lo único á que podía apelar; porque un traidor era sólo lo que en estos tiempos temía un español.

Sabía Mangora que el capitán Rodríguez Mosquera, ó como dice Ruíz Díaz, el capitán García con 50 de los suyos, entre ellos Hurtado, se hallaba ausente en comisión de buscar víveres para la guarnición extremosamente debilitada. Con toda diligencia puso sobre las armas 4.000 hombres, y los dejó en emboscada cerca del fuerte, quedando prevenidos de adelantarse al abrigo de la noche. El, entretanto, seguido de 30 soldados escogidos y cargados de subsistencias, llegó hasta las puertas del baluarte; desde aquí, con expresiones blandas de la simulación más estudiada, ofreció á Lara aquel pequeño gaje de su solícito buen afecto. Los nobles sentimientos del general eran incompatibles con una tímida desconfianza, v por otra parte hubiera creído hacerse responsable á su nación enajenando con ella un buen aliado. Recibió este donativo con las demostraciones del reconocimiento más ingenuo: pero algo más se prometía el pérfido Mangora. La proximidad de la noche y la distancia de su habitación le daban derecho á esperar para sí y los suvos una hospitalidad proporcionada al mérito contraído. No le engañó un deseo que era tan propio á la nobleza de Lara. Con suma generosidad les dió acogida bajo unos mismos techos: y mezcladas unas gentes con otras, cenaron y brindaron muy contentos como si ofreciesen sus libaciones al Dios de la amistad. Cansados del festín, se retiraron. El sueño oprimió á los españoles y los dejó á discreción del asesino. Mangora entonces, comunicadas las señas y contraseñas, hizo prender fuego á la sala de armas; abrió á sus tropas las puertas de la fortaleza, y todos juntos cargaron sobre los dormidos haciendo una espantosa carnicería. Los pocos que de los españoles, como Pérez de Vargas y Oviedo, pudieron lograr sus armas, vendieron muy caras sus vidas. Lara, con un valor increible, repartía en cada golpe muchas muertes; pero en su concepto nada era, mientras quedaba vivo el autor de esta tragedia : respirando estragos y venganza, buscaba diligente con los ojos á Mangora : al punto mismo que lo vió, se abrió campo con su espada por entre una espesa multitud, y aunque con una flecha en el costado, no paró hasta que la hubo enterrado toda entera en su persona. Ambos cayeron muertos; pero Lara con la satisfacción de dar su último suspiro sobre el bárbaro, y saber que en adelante no gustaría el fruto preparado por la más vil de las traiciones.

Ninguno escapó la vida en esta borrasca, á excepción de algunos niños y mujeres, entre ellas Lucía Miranda, víctima desgraciada de su propia hermosura. Todos fueron llevados á presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangora. Una centella escapada de sus cenizas prendió en el alma del nuevo cacique en el momento mismo que vió á Lucía: él consintió de pronto que aquella cautiva haría el dulce destino de su vida. Se arrojó á sus pies, y con todas las protestas de que es capaz un corazón que hervía, le aseguró que era libre, siempre que condescendiese en hacer felices sus días con su mano. Pero Lucía estimaba en poco, no digo su libertad, más aun su vida, para que quisiese salvarla á expensas de la fe conyugal prometida á un esposo que adoraba. Con un aire severo y desdeñoso rechazó su proposición, y prefirió una esclavitud que le dejaba entero su decoro.

Siripo encomendó al tiempo el empeño de vencer su resistencia, lisonjéandose de que la misma fortuna era su cómplice. Al día siguiente de la catástrofe volvió al fuerte Sebastián Hurtado Su dolor fué igual á su sorpresa, cuando después de encontrar ruinas en vez de fortaleza, buscaba á su consorte, y sólo tropezaba con los destrozos de la muerte. En él no se había verificado que el primer momento de la posesión es una crisis del amor; el tiempo mismo lo afirmaba y lo hacía necesario á su existencia. Luego que supo que Lucía se hallaba entre los Timbúes, no dudó un punto entre los extremos, de morir ó rescatarla. Precipitadamente se escapó de los suyos y llegó hasta la presencia de Siripo. Jamás un alma sintió con más disgusto la acedía de los celos, como la de este bárbaro á la vista de un con-

currente tan odioso. Su muerte fué decretada inmediatamente. Bien podía Lucía tener preparada su constancia para otros infortunios: todas las fuerzas de su alma la abandonaron en el peligro de una vida que estimaba más que la suya. Renunciando por esta vez el tono altivo que inspira el heroísmo, tomó á los pies de Siripo el de la súplica y el ruego á favor de su marido. Ella consiguió la revocación de la sentencia : pero bajo la dura condición de que exigiese Hurtado otra mujer entre las doncellas timbúes, y que en adelante no se tratasen con las licencias de la unión conyugal. Acaso por ganar partido en el corazón de Lucía, tuvo Siripo, como algunos afirman, la humana condescendencia de permitirles que se hablasen tal cual vez. Pudo ser también, que en esto tuviese mucha parte el artificio y que fuese su intención ponerles asechanzas, sabiendo cuánto irrita á las pasiones una injusta prohibición. Lo cierto es, que habiéndolos sorprendido en uno de aquellos momentos deliciosos en que recibían sus senos las lágrimas de un amor inocente y perseguido, y en que consolándose mutuamente hallaban la recompensa de sus penas, mandó que Lucía fuese arrojada á una hoguera, y que puesto Hurtado en un árbol, muriese asactado. Ambos fueron ejecutados en 1532.

EL MISMO.

EL GUAHRO.

Secón autores, entre los indios de Yucatán significaba Señor. Un yucateco fidedigno me asegura que hoy en Yucatán no se usa tal vocablo, mientras que en la isla de Cuba, principalmente en la parte occidental, es muy común y distinta su significación. Aquí guajiro es sinónimo de campesino, esto es, la persona dedicada al campo con absoluta residencia en él, y que como tal, usa el vestido, las

maneras y demás particularidades de los de su clase. Hasta en las poblaciones se distingue desde lejos el quajiro: camisa y calzones de pretina ó vedija, como dicen, blancos ó de listado de hilo, sin nada de tirantes, chaleco, casaca ni media; zapatos de vaqueta ó venado, sombrero de quano varey, de tejido fino y ligero: algunas veces por corbata un pañuelo casi á estilo mujeril, poco plegado ó flojo, todo como lo demanda el clima. Sin embargo este vestido, que llaman de largo, no varía en la estación del frío, si alguna vez no echa mano del capote: en los caminos le acompaña al cinto un machete terciado con satisfecha indiferencia, cabo atrás, cuando monta en una albarda cómoda sobre un brioso caballo, que vuela por los campos al toque de las espuelas de plata: otras veces, con paso más pausado, lleva abierto el quitasol y algún cuero, signo de su jurisdicción doméstica rural: éntrase todo así de sapetón en los pasadizos y dentro de las tiendas, porque sus modales son groseros; cruza las piernas sin reparo y no se quita el sombrero por nada : para él no hay mal tiempo, ni malos caminos, ni necesidades: sobrio, se contenta con poca comida, frutas ó lo que haya, mucho ó poco, con tal que no falte el tabaco, una taza de café mal hecho y alguna pelea de gallos el domingo : franco y generoso, todo lo da, lo gasta ó lo juega; pero indómito. vengativo v celoso, á la más ligera ofensa, á la chanza más discreta, pela por el quimbo de una manera brutal, implacable, sin reparar en número, categorías ni circunstancias: pero donde ovó sonar una cuerda allí le arrastran los pies al zapateo; y canta sus amoríos con el mismo descaro y entusiasmo en un convite extraño que en la cárcel ó en los caminos: la ojeriza y desconfianza son inherentes en ellos respecto á los ciudadanos ó republicanos, como dicen algunos; mas á pesar de su locuacidad y preciarse de sabihondos, en las poblaciones llevan buenos chascos; tócales á su vez la superioridad de conocimientos prácticos en el campo; botánicos, médicos, agricultores, etc., etc., no hay vegetal que no conozcan y distingan con sus propiedades



BOLIVAR

terapéuticas y demás utilidades; ríense de los químicos é innovadores, convenciendo de su maestría con la mejor azúcar del mundo que elaboraron sin mayor estudio, ó el tabaco que cultivan con mil penalidades y vigilias, porque el guajiro es de poco dormir; penetran el fondo y calidades de los terrenos á simple vista: estudian en la naturaleza las costumbres y particularidades de todos los animales; conocen prácticamente el país con las más minuciosas circunstancias de su topografía, y casi todos son arquitectos rústicos, carpinteros, etc., etc. Otros hay que se emplean de arrieros, carreteros, malojeros, carboneros, etc., como en inferior categoría, con la falda de la camisa por fuera de los calzones, durmiendo á la intemperie unos, atascados otros en los malos caminos echando maldiciones, tiznados aquellos hasta los ojos; todos saludables, todos alegres.

Este es el guajiro, el hombre peculiar de la isla de Cuba, que bien merece ser descrito con alguna extensión. En la *Vueltarriba* dicen también *montuno*, y algunos en Cuba *jibaro* como en Puerto Rico. La voz guajiro suele usarse á veces como adjetivo.

D. E. PICHARDO (Santo Domingo).

Dic, de voces cubanas.

CARTA Á BOLÍVAR.

40 de Abril de 1826.

Todas las observaciones de Vm. sobre el canto de Junín tienen, poco más ó menos, algún grado de justicia. Vm. habrá visto que en la fea impresión que remito á Vm. se han corregido algunas máculas, que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar á Vm. cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazón que con la imaginación. Después se ha corregido más, y se han hecho

adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no era la ocasión de templar la lira.

El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra: lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

Una de las razones que he tenido á más de las indicadas para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino, ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho si él amase menos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores han hecho y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi patria

Todos los capítulos de la carta de Vm. merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que Vm. me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, les responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. ¿ Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya: pero ¿ qué digo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau

de Vm. Si el poeta se remonta, dejadlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte confieso que si cae de su altura es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El ex abrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos ex abruptos es lo que muchas veces pindarizaba á Horacio.

Quería Vm. también que yo buscase un modelo en el cantor de Henrique. ¿ Qué tiene Henrique con Vm. ? Aquél triunfó de una facción, y Vm. ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira mal trovata, y al menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, esas obras, si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia. ¡ Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!...

José J. Olmedo (Ecuador.)

LA NECESIDAD DE LA EXPANSIÓN.

Hay en el hombre un principio, una necesidad, un instinto, reconocido por todas las religiones y por todas las filosofías, signo que revela la espiritualidad del alma humana, y origen impulsivo de los progresos y de los errores de la humanidad en la tierra. Ese principio es la necesidad de la expansión; la necesidad que siente el hombre, tanto en la esfera física como en la esfera intelectual y moral, de expandirse, de engrandecerse, de subir y elevarse en todos

sentidos, de ensanchar el horizonte de su vista como el de su inteligencia, de dominar con el pensamiento lo pasado, lo presente, lo porvenir, — de recorrer por una parte todo el mundo material, por otra todos los senderos estrechos, largos y pedregosos de la ciencia, por otra todas las vías fantásticas y luminosas de la poesía, - de abarcar el Universo, de contemplar el Infinito, sí, de ver cara á cara el lugar de los lugares, el tiempo de los tiempos, á la causa de las causas, al Ser de los seres, á esa eterna fuente de toda luz y de toda vida, que nuestras débiles lenguas llaman Dios! Esa gran necesidad se revela en todas las edades de la vida del hombre individual, en el niño, en el adulto, y en el anciano; ; como se revela también en todas las épocas de la historia de la humanidad colectiva, en el estado de la más adelantada civilización! Esa gran necesidad, ese noble instinto, es nuestra gloria; pero en él también se encierra un peligro oculto, el mayor de todos los peligros, ; el germen de toda degradación y de toda ignominia para el hombre! Sí: esa gran necesidad que explica los portentosos progresos del género humano, es la que da razón también de todos sus vicios, desde la embriaguez hasta el juego, y desde la ociosidad elegante del libertino hasta la ociosidad semibárbara del cazador!

Consideremos la acción de esta gran necesidad en el orden físico.

¿ De dónde proviene esa excitación, esa bulla, esa alegría imposible de reprimir, que agita y enloquece á los muchachos y aun á los adultos que componen una familia, al amanecer el día designado para dar principio á un largo viaje, al oir resonar los cascos de los caballos en el patio, al preparar los baúles, los almofrejes, las maletas; al ver cargar; al oir la ronca voz de los arrieros que regañan á las mulas; al echarse á los hombros las listadas ruanas; al atarse bajo la barba las cintas de los sombreros de paja; al tomar los látigos y hacerlos chasquear en la mano como para probarlos; en fin, al montar ya todos y dar juntos fuera de la casa, entre

la algazara de las personas y el confuso rumor de los caballos, el primer arranque que debe transportarlos más tarde á otros lugares?; De dónde procede esa excitación, esa bulla, esa alegría? De la necesidad de la expansión, que va á satisfacerse : de la necesidad de no encontrar va la vista limitada por las paredes de una angosta estancia: ; de la necesidad de respirar más aire, de correr por la llanura, de difundirse en el espacio, de sentirse circundado de todo el horizonte! Seguid á esa familia en su marcha; incorporaos á ella en vuestro caballo también ; v hallaréis que la necesidad de la expansión, de una expansión mayor se revela en cada nuevo accidente de ese viaie. Hay una nueva excitación, un ensanche nuevo, al salir de la ciudad, cuando va parece que definitivamente se la abandona, cuando se dejan atrás las últimas casas, cuando va los viajeros se hallan sumergidos en la inmensidad de los campos, cuando, volviendo la cabeza, se ven allá á lo leios brillar los tejados, las cúpulas, las torres de la ciudad, cuvos colores se confunden y cuvas proporciones se van cada vez más v más reduciendo, como una pintura diminuta y resplandeciente! Hay una nueva excitación, una expansión nueva, al sentir debajo de sí más y más rápido el movimiento de los caballos, excitados también y acalorados con su propia carrera y con la presencia del vasto círculo del cielo: al sentir el aire fresco aunque irritante y perfumado, de las praderas, dar de lleno en nuestras mejillas encendidas, que lo cortan impetuosamente: al oir contra nuestro sombrero el golpeteo trémulo é incesante de la cinta, el zumbido permanente del viento, que viene de tan remotos países para envolvernos y como arrebatarnos en sus alas! Hay una nueva excitación, una expansión nueva, al llegar á la falda de las áridas y sombrías montañas; al tener que echar atrás la cabeza para medir su altura y divisar sus cumbres; al sentir la tentación de escalarlas; y, después de haberlas escalado en efecto, al contemplar, caminando lentamente á lo largo de sus angostas cimas, los valles, los campos, los países, los nuevos montes, que quedan á un lado, y los valles, los campos, los países, los montes azulados que quedan al otro! Hay una nueva excitación, una expansión nueva, al llegar á la orilla de un gran río: al mirar la profundidad, la anchura, la inmensidad, la rapidez de sus aguas : al divisar pequeños, los hombres y los árboles que están al otro lado; al ver allá en la linea transparente de su liquido confin, detenerse por un momento, como un punto negro, la barquilla del pescador, que luego desaparece entre el piélago de luz del occidente! Hav en fin, una nueva excitación, una expansión nueva, cuando por la primera vez se presenta á nuestros ojos, con sus incesantes bramidos, con sus llanuras inmensurables, v con sus insondables abismos, ; el Océano! cuando navegando sobre su gigantesca espalda, lejos ya de la tierra oculta á nuestra vista, perdidos en la doble inmensidad de las aguas y del cielo, venimos en algún modo á mezclarnos y confundirnos con ese aire que respiramos y que nos rodea, con los ravos de ese sol antiguo que nos alumbra, con ese abismo que se dilata, pronto á recibirnos á cada instante, debajo de nosotros !.....

José Eusebio Caro (N. Granada).

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL SEMINARIO DE SAN CARLOS.

At tender la vista por el grandioso cuadro que se me presenta, mi espíritu se enajena y reconoce la fuerza de los sentimientos que me inspiran la confianza y la amistad. Yo veo á la juventud sensata dirigiendo sus pasos reflexivos hacia el templo de la sabiduría. Yo observo las gracias de la inocencia que, risueñas y festivas, vienen á buscar en este salón un racional entretenimiento; allí distingo á los hijos de la guerra que vienen á rendir la espada, y tributar homenajes sobre el ara sacrosanta de la verdad: allá reconozco á mu-

chos de mis antiguos descípulos y amigos que también vienen á honrar y solemnizar conmigo este día de gloria y ventura. ¡ Oh catorce de Septiembre de 1822! Tú has nacido para mí con una luz más clara y más brillante que para el resto de los mortales: tú, si volcado alguna vez el carro de mi fortuna, mi alma gime bajo el peso de las tribulaciones, ¡ tú serãs, y tú tan sólo, mi único consuelo! Dispensadme, señores, si entregado á los transportes de mi fantasía, he desatendido un corto momento vuestros justos reclamos. Ya oigo que impacientes me preguntáis ¿ cuál es el objeto á que vamos á consagrar nuestras tareas? La naturaleza: hé aquí compendiado en una sola palabra el objeto que ha de ocuparnos por espacio de dos años.

Empezaremos por la más notable de todas las criaturas: por el hombre. Nuestro espíritu retenido á cada paso por las preocupaciones, extravios y errores, preciso es que rompa estas cadenas, y que reconozca su antigua dignidad: entonces podremos investigar la verdad: el influjo de las pasiones sobre nuestra conducta pública y privada, los medios de fomentarlas ó reprimirlas y las relaciones que le ligan con su Criador y sus semejantes. Saliendo de nosotros mismos, entraremos en el campo de la Física: aquí es donde la naturaleza ostenta toda su grandeza, en donde únicamente puede encontrar el hombre su verdadera felicidad. Examinaremos detenidamente las propiedades generales de los cuerpos, la fuerza que los mantiene reunidos y el movimiento que se les puede comunicar por medio de las máquinas. Contemplando las cualidades particulares á muchos de ellos, reconoceremos las escenas agradables que nos ofrece la luz, pintando con sus bellos matices los campos y los prados. El fuego abrasasor, deponiendo sus furores, arderá en nuestro gabinete con una llama suave y tranquila. El infeliz paralítico que apenas puede arrastrarse sobre sus débiles miembros, vendrá á pedirnos en este salón que derramemos en sus miembros desfallecidos el fluido vital del galvanismo.

Visitaremos hasta las lomas heladas para observar más de cerca los efectos y prodigios del magnetismo, romperemos las capas de la tierra, penetraremos en sus entrañas y le arrancaremos los tesoros que avaramente se encierran en ella: lanzándonos de nosotros mismos, subiremos hasta la región de los meteoros, arrebataremos á la nube preñada el ravo espantoso con que atruena la tierra, encontraremos en él la inmensidad del espacio y volaremos hasta el vasto seno de la eternidad. Allí, prosternados ante la sombra de Képler y Newton, veremos caer la venda falaz con que impostores, embusteros y falsos intérpretes de la divinidad han cubierto los ojos á la crédula muchedumbre; veremos desaparecer las huellas y prestigios que nos han vendido por realidades. Entonces, y sólo entonces, el hombre empezará á ser lo que fué cuando salió de las manos de la naturaleza. No se abata vuestro espíritu pensando que la filosofía está fuera de vuestro alcance : sé que hay muchos que por convencimiento, y otros de mala fe, se empeñan en persuadir que algunos de entre vosotros no están en estado de emprender la gloriosa carrera, cuyo primer paso hemos dado hoy : huíd lejos de los que os hablasen en ese lenguaje; sois racionales, deseáis saber, y va tenéis cuanto se necesita. La franqueza v la moderación reinarán en clase: yo espero que la rivalidad no tendrá lugar entre nosotros : aquí no hay maestros ni discípulos, sabios ni ignorantes, ricos ni pobres : hijos de la naturaleza, hijos de la ilustre América todos, todos somos iguales: no habrá otra distinción que la que nace del mérito y la virtud : practicad estas máximas y seréis amables. Entretanto vo aguardo el día, que quizá no estará lejos, en que descienda de este lugar para cederlo al hombre justo, al varón esclarecido que sabe desempeñarlo más dignamente que yo.

José A. Saco (Cuba).

PRÓLOGO AL FOLLETO SOBRE ANEXIÓN DE CUBA Á LOS ESTADOS UNIDOS.

Confieso con toda la sinceridad de mi alma, que nunca se ha visto mi pluma tan indecisa como al escribir este papel; v mi indecisión procede, no del asunto que voy á discutir, sino de la situación particular en que me hallo. Consideraciones que pesan mucho sobre mi corazón, me imponen un respetuoso silencio, y guardaríalo profundamente, si ellas fuesen las únicas que mediasen en la grave cuestión que debemos resolver; pero, cuando me veo en presencia de un peligro que puede amenazar á la patria, me juzgaría culpable, si, habiendo hablado en ocasiones menos importantes, no manifestase en éstas mis ideas. En mi favor invoco el derecho que todos tienen á emitir las suyas, y así como soy indulgente, aun con los de opiniones contrarias á las mías, hoy reclamo para mí, no la indulgencia que á otros concedo, sino tan sólo la tolerancia. Á mí personalmente, una revolución en Cuba, lejos de causarme ningún daño, me traería algunas ventajas. Desterrado para siempre de mi patria, la revolución me abriría sus puertas, para entrar gozoso por ellas : pobre en Europa, y abrumado de pesadumbres por mi condición presente y un triste porvenir, la revolución podría enriquecerme, y asegurar sobre alguna base estable el reposo de mi vida : sin empleos, honores ni distinciones, la revolución me los daría. Si, pues, tanto me da la revolución, ¿ por qué no marcho bajo sus banderas?; Por qué vengo á combatirla, renunciando á sus favores? que algunos dirán que mis opiniones son retrógradas; otros, que soy un apóstata; y aun no faltará quien pregone, que he vendido mi pluma para escribir contra la anexión. Pero á los que éstas y otras cosas digan, si las dicen de buena fe, los perdono; y si de mala, los desprecio.

EL MISMO.